

La mujer de mis sueños

Despertó abriendo los ojos muy, muy despacio. El sueño que había tenido esa noche le había removido por dentro y quería retenerlo en su mente el mayor tiempo posible.

Había soñado con una mujer. Una mujer preciosa que nunca antes había visto, melena negra ondulada y ojos oscuros como la noche. Estaban en una fiesta, en una entrega de premios de algún escritor famoso, y ella llevaba un vestido rojo con lentejuelas que brillaban a la luz de las lámparas de varios brazos que colgaban del techo. Cuando él la miró, ella le devolvió la mirada y se quedaron un largo rato así, sin parpadear, como si el resto del mundo no existiese.

Ese había sido su sueño. Sin más. Puede que para otra persona resulte un sueño sencillo, simple, incluso vacío, pero para él había sido una de las noches más excitantes que había experimentado su corazón.

Suspiró y se colocó panza arriba sobre el colchón sin dejar de abrazar la almohada contra su pecho. Ojalá algún día encontrase a una mujer como aquélla y dejase de sentirse así de soño. Una mujer que no necesitase más que una mirada para ser amada y deseada, para ser entendida y para que él se sintiese comprendido. Llevaba buscando algo así tanto tiempo que ni lo recordaba.

Le habría gustado quedarse toda la mañana metido en cama, pero debía ir a trabajar. De modo que se liberó del confortable calor de las sábanas y de las mantas y se puso en pie. Sintió cómo el frío de diciembre recorría su piel y volvió a pensar en la mujer. Si ella estuviese allí, bastaría una mirada para que dejase de sentir frío. A continuación de ese pensamiento, volvió a poner los pies en tierra y recordó que aún vivía en el mundo real.

Se dirigió hacia la cocina para preparar su desayuno, pero nada más entrar en el pasillo escuchó un ruido que le obligó a detenerse. Sonó como si dos vasos de cristal hubiesen chocado. Suavemente, sin llegar a romperse, pero habían chocado. Prestó atención y oyó claramente cómo aquellos dos vasos, primero el uno y luego el otro, se posaban sobre una mesa de madera cubierta por un mantel. Acto seguido, un cajón que se abría y unos cubiertos que se removían y tintineaban los unos contra los otros.

Miró a su alrededor sin mover más músculos que los de los ojos y localizó el jarroncito de porcelana que descansaba en el mueble central del pasillo. Procurando no hacer ruido, lo agarró con ambas manos y caminó con los pies descalzos hacia la cocina. Mientras avanzaba, escuchó que la tostadora saltaba, seguramente liberando el par de rebanadas de pan que cabían en ella. Sí, olía a pan tostado. Muy bien tostado, en su punto.

Asomó la cabeza con cautela hacia la cocina y vio a una mujer de espaldas untando mantequilla en las dos tostadas calientes. No necesitó que se girase para reconocer aquella melena negra ondulada y aquellos movimientos suaves y dóciles. Era ella. Ella, la misma mujer con la que había soñado esa noche y que había deseado en voz baja que se volviese real. ¿Sería posible que alguien le hubiese escuchado y hubiese decidido cumplir ese deseo?

La mujer se giró para dejar el cuchillo de untar en el fregadero y entonces descubrió su presencia.

–¡Cariño! –exclamó la mujer, apurando el paso hacia él–. Buenos días, ¿qué tal has dormido?

–Bien –respondió él, confuso–. Bien –repitió.

La mujer reparó en el jarrón de porcelana que aún sujetaba con ambas manos. Sin hacer ningún comentario al respecto, lo tomó con suavidad y lo devolvió a su sitio, al mueble central del pasillo.

–Siéntate –le pidió ella con amabilidad–. He preparado tostadas, zumo de naranja y tienes bizcochos para mojar en el café.

Con una especie de mareo inexplicable en la cabeza, él tomó asiento, le dio las gracias por el desayuno y se llevó directamente el tazón de café a la boca para beber un par de largos tragos. Quería asegurarse de que no seguía soñando y le dio a la cafeína la oportunidad de demostrárselo. Sin embargo, aquel tazón sólo tenía leche. Iba a llamar a la mujer para decírselo, pero no supo cómo hacerlo. ¿Debía decir “cariño”? ¿O llamarla su nombre? Pero ni siquiera sabía su nombre. Apretó la mandíbula y decidió resolver el problema por su cuenta: se levantó y caminó hacia la alacena para coger él mismo el bote del café. No lo encontró por ninguna parte.

–Cariño, ¿qué buscas? –escuchó la voz de la mujer a sus espaldas.

–El bote del café, no lo encuentro.

–No queda –respondió ella al instante–. Tendrás que tomar la leche sola.

Él no cerró la alacena. Le apetecía un café. ¿Por qué no podía tomarse un café para saber si estaba en un sueño? Aunque bien pensado, ¿para qué? ¿Para volver a su mierda de vida, solo, sin nadie a su lado? Cerró la puerta de la alacena y dio dos pasos hacia la mujer para besarla en los labios. Al liberarla, ella lo miró a los ojos y él descubrió que eran aquellos mismos ojos negros con los que había soñado. Su mirada era tan penetrante como la recordaba.

La mujer sonrió con ternura y le acarició la cara con las yemas de todos sus dedos. Acto seguido se abrazó a él con fuerza. Él hizo lo mismo. Mientras duraba aquel abrazo, cerró los ojos y deseó que cuando los abriera nada de aquello hubiese desaparecido. Que todo siguiese igual. Que todo siga igual, por favor, pensó. Se atrevió a abrirlos, igual de despacio que cuando se había despertado en la cama... y todo seguía igual. Seguía abrazado a ella, los dos de pie, en la cocina de su casa. No pudo evitar suspirar de alivio.

Se separaron para mirarse a los ojos y él descubrió una lágrima que corría por la mejilla de ella.

–Cariño –dijo, aunque le sonó raro–. ¿Qué ocurre, estás bien?

Ella se sorbió enseguida la nariz y se secó la lágrima. Sonrió a la fuerza, como obligada.

–Claro que sí. Es que acabo de recordar a mis padres y...

¿A sus padres? ¿Y qué se suponía que debía decir él ahora? No sabía de qué padres le estaba hablando.

–Les echas de menos, ¿verdad? –dijo él, movido por un impulso.

Ella lo miró como con asombro, como intentando ver más allá de sus ojos. Luego asintió con la cabeza muy despacio.

–No te preocupes –intentó animarla él–. Seguro que, estén donde estén, se encuentran bien.

Enseguida deseó no haberlo dicho. ¿Y si sus padres estaban muertos? ¿Cómo iba él a saberlo? Sintió un gran alivio cuando los hombros de ella se cayeron ligeramente, relajando la tensión que habían acumulado desde hacía un eterno minuto.

–Seguro que sí –dijo, y sonrió.

Él necesitaba un momento a solas para pensar.

–Voy a lavarme los dientes –anunció.

–Pero si aún no has desayunado.

Él miró hacia la mesa. A pesar del espléndido desayuno que había sobre ella, tuvo que decir:

–No tengo hambre. Tengo el estómago así como medio revuelto.

De modo que salió de la cocina y se dirigió al cuarto de baño. Nada más encerrarse se aproximó a la piletta y abrió el grifo del agua fría. Cogió una buena cantidad con ambas manos y se la echó por la cara. La sensación de frío parecía real, pero no era suficiente. Volvió a llenar las manos y esta vez soltó el agua hacia el interior del pijama para que le mojase todo el pecho y el abdomen. Enseguida tuvo que llevarse las manos hacia la zona y frotar con fuerza. Estaba helada. Definitivamente, no soñaba; aquello era real.

Se frotó los ojos y se sentó sobre la tapa cerrada del inodoro. ¿Cómo era posible que hubiese soñado con alguien que aún no conocía? ¿La había creado él al soñar? ¿Era una especie de dios? ¿O bien había rezado tan fuerte que Dios había decidido satisfacer sus plegarias de no estar solo por más tiempo? ¿Le habría pedido un deseo a una estrella fugaz sin darse cuenta? ¿O acaso las velas que había soplado dos semanas atrás en su cumpleaños sí que eran mágicas? Intentó recordar todos y cada uno de los posibles hacedores de milagros con los que se había encontrado últimamente. ¿Qué había hecho la noche anterior? No lo recordaba. ¿Sería posible que hubiese salido de fiesta, hubiese conocido a la mujer, se la hubiese llevado a su casa para hacer el amor con ella y ahora el alcohol no le permitiese recordarla? Eso explicaría el sueño de esa noche. En realidad la conocía, su mente la conocía, pero el alcohol había borrado su recuerdo al despertar por la mañana. Esta hipótesis tenía más sentido que cualquiera de las demás, pero el caso es que él no sentía dolor de cabeza, agotamiento físico ni cualquier otro síntoma de resaca.

Notó un sabor extraño en la boca, como a metal. Era desagradable, así que echó mano de su cepillo de dientes. Y justo al lado vio otro de color amarillo. Seguramente el de la mujer. Si la había conocido la noche anterior, a ella no le debería haber dado tiempo a ir a su casa para coger su cepillo de dientes. ¿Lo habría comprado en un 24 horas? ¿O en una máquina expendedora? Igual era una maniática compulsiva de la higiene bucal.

No llegó a coger su cepillo. Ya no quería lavarse los dientes, había cambiado de idea. Salió del baño con un calor extraño recorriéndole el cuerpo de arriba abajo y apuró el paso hacia su habitación. Buscó por el suelo algún zapato de tacón o algún preservativo usado, pero no encontró ninguna de las dos cosas. En su búsqueda de respuestas, sus ojos captaron el calendario que descansaba sobre la mesita de noche. Estaba abierto en marzo. Marzo. ¿Marzo? Era imposible, dos semanas antes había soplado las velas de su tarta de cumpleaños y él cumplía en diciembre. ¿Qué estaba pasando?

Abandonó la habitación, cada vez más preocupado y convencido de que aquello no era un sueño, y cruzó el pasillo a zancadas. Se detuvo al pasar junto al mueble central, donde volvía a estar posado el jarrón de porcelana. Sin embargo, en esta ocasión no se centró en él, sino en la fotografía enmarcada que había a su derecha. En ella aparecían él y la mujer sonriendo hacia la cámara, abrazados y con la torre Eiffel de fondo. Entonces fue cuando supo que algo marchaba definitivamente mal. Él nunca había estado fuera de España.

Sin soltar la foto, dio un par de zancadas más hacia la cocina y entonces se detuvo en seco. Escuchó la voz de la mujer hablando sola. Pronto entendió que hablaba con alguien por teléfono.

–Antes empecé a llorar delante de él, mamá –decía–. Le he dicho que era porque me había acordado de vosotros y me respondió como si estuviéseris muertos. Cada día está peor. ¡No, mamá, ya hemos hablado de eso, no voy a abandonarle después de todo lo que él ha hecho por mí! Voy a estar con él hasta el final. No se merece que le abandone. A pesar de todo, sigue siendo el hombre de mi vida y el que lo dio todo para estar conmigo.

Casi se le escapa el marco con la foto de entre las manos, pero por fortuna consiguió sujetarlo. Procurando no hacer ruido, volvió sobre sus pasos, dejó la fotografía en su sitio, no sin antes besarla con cariño, y se refugió de nuevo en su habitación. Con un sentimiento infinito de culpa recorriéndole las entrañas, se sentó sobre la cama. Se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y se preguntó cómo había sido capaz de olvidarla.

Era 24 de marzo, no diciembre. Su cumpleaños no había sido dos semanas, sino más de tres meses atrás. Y claro que había estado en París, en su luna de miel. La noche anterior no había bebido ni salido de casa. No recordaba qué es lo que había hecho, pero estaba convencido de que no había salido de casa. Hacía mucho tiempo que no salía de casa por las noches. Y ella se quedaba con él, para cuidarle y asegurarse de que se tomaba la medicación, aquellas pastillas con sabor metálico. Volvió a preguntarse cómo se había podido olvidar de ella, de la mujer de sus sueños, de la mujer de vestido rojo con lentejuelas que había conocido durante la entrega de su primer premio como escritor y que no se había separado de él desde entonces. Pero pronto dejaría de importarle de nuevo. El Alzheimer es así de caprichoso.